

Aparición

(Cinco nuevas páginas de Horacio Martín)

Músicas del alivio y alaridos de lo secreto
Félix Grande

Acudí a la cita perenne de la ausencia. Bajo la luna azul y sumergida en el silencio, respiraba las fragancias de la noche y dejaba vagar la mirada por las ruinas de Al-Zahara. El estremecimiento de una palmera naufragaba en las manos de un eco que se negaba a dejar de ser la voz de su ambigüedad. Danzarina inmovilizada, escrutaba ahora la sombra movediza con la intensidad de una súbita angustia que acabó en vértigo. Desde lo alto de la palmera o la luna, dos inmensas ojeras de oro resplandeciente me estaban observando con una insistencia desnuda y, prisionera de su atracción magnética, volví a experimentar el tormento del deseo al borde de esos ojos desvanecidos. Su mirada inaugural se me clavaba en la frente como puñales incandescentes y giraron las ruinas y se volvieron locas olas de sal, de sueño, de presentimiento.

En ese instante, todo era indecisión y sombra, menos la forma blanca con ojeras de oro que estaba posada en la palmera. Al cabo de una recíproca contemplación, cuya duración midieron veintisiete relojes de arena, pude identificar un autillo color de algodón ataviado con ojeras de ámbar brillante. Pese al infernal silencio límpido del derruido palacio árabe, no se oía ulular al autillo. Las piedras, resurrectas por la fragancia del azahar, callaban también obstinadamente, deteniendo su música sigilosa en el umbral agónico del tiempo. Debajo de la palmera, una rosa azul sin espinas se marchitó con extraño fervor emitiendo un sonido parturiento de donde pareció nacer el aleteo espectral y pesado del autillo blanco cuyas inmensas ojeras de oro desaparecieron en un relámpago, dejando rastros de aurora boreal tatuados sobre las sombras de mis manos vacías.

Tanteando en un esfuerzo inútil para agarrar alguna parcela de luna o de silencio, empecé a caminar hacia una lucecita temblorosa que me guió entre los siglos y el abandono. Junto al estanque de arabescos y acompañado por el unicornio rojo de Al-Zahara parecía esperar, parsimoniosamente alumbrado por un candil de plata y cobre, el perfil de un rostro moreno y pelo de azabache. Sutil mezcla de miel y de azogue, una enigmática serenidad transparentaba ese perfil, cálido como el alma sensual del cuerpo al que pertenecía. Cuando lo vi, di un paso hacia atrás, para no enturbiar su soledad y su meditación. Pero él había intuido ya mi presencia de modo incomprensible (mis pies descalzos por el suelo tibio no sonaban en absoluto y no había podido verme llegar), y, al pronunciar este hombre mi nombre, reconocí en él a mi antiguo amigo Horacio Martín, el poeta que busca el fuego y que a veces lo encuentra.

Con lentitud ceremoniosa, Horacio Martín dibujó en el espacio un gesto amplio y circular que me invitó a sentarme en el alhámí frente a él, casi a sus pies de príncipe oriental. Se disculpó por no poder darme conversación y me explicó que estaba padeciendo una cefalea particularmente feroz. Este hombre, que yo había escuchado en otras épocas luminosas aullar de amor y de exigencia, asumía ahora en silencio el suplicio de ese dolor, a la vez físico y espiritual, con estoicismo sorprendente.

Interrogué al unicornio rojo de Al-Zahara con la mirada para tratar de saber en qué podría ser útil a Horacio, y el unicornio silencioso me mostró las gotas de sudor con que la fiebre enjorababa las sienes de mi amigo, y luego se volvió hacia algo invisible que yacía entre las piedras. Comprendí que el dolor de cabeza de Horacio era monstruoso, como si un tigre le hubiese masticado el cráneo con atroz meticulosidad. Seguramente le estallaba el cerebro, pero no me extrañaba la violencia de ese tormento: ¿cómo hubiera podido Horacio aceptar sufrir de un modo mensurable? Su cefalea era tan dolorosa que unas involuntarias lágrimas hacían brillar sus ojos hasta tal punto agrandados y oscurecidos por el sufrimiento que tuve miedo al darme cuenta de que ese dolor no parecía querer detenerse antes de haber atravesado el límite del exterminio. En aquel instante, el unicornio volvió a llamarme la atención sobre ese algo que yacía entre las piedras.

Cinco y rojos eran los grandes pétalos de flor de hibisco que recogí entonces a los pies del poeta y que utilicé para abanicar a Horacio en su fiebre. Gracias a la luz azulada de la luna, vi que sobre estos pétalos él había escrito poemas que la lentitud de la noche de insomnio permitió a mi memoria recordar tal y como los transcribo ahora:

Derrumbamiento

No llores más no llores más no llores

Si no acaban tus lágrimas
yo habría de provocar una catástrofe
desordenar el universo
arrasar la vegetación
romper la historia o el futuro
no haber nacido congelar la tierra
pero no puedo soy una limosna

No llores más Tus lágrimas
agrietan esta casa en que te escondo

Elogio del desprecio

¿Cuántos poemas de amor se redactaron
a la luz irrisoria del candil de la ausencia
para sustituir —inútilmente—
al prodigioso resplandor de la carne
la verdadera sola eterna luz?

Jamás se llamen líricos
quienes no comprendieron
cuán ruin es la nostalgia
pues sirve a la renuncia
cuán ruin es la renuncia
pues sirve diligente al miedo

Versistas plañideros contraídos
tenéis lo que merece vuestra anemia
la pus de la resignación
y el desprecio de los rebeldes

Candil de ausencia: escucha
cuán bella y fieramente ruge el viento de la vida

El volcán de la calma

En este instante de sosiego y de brisa
calmado en nuestros cuerpos el deseo
como se calma la ferocidad
en un tigre dormido

ahora que la ventura
maravillosa como la zanja de un soldado
me refresca las sienas

ahora feliz debo decirte
que si abandonas este lecho mañana
jamás habrás visto en la Tierra
odio tan depravado tan exacto tan noble

Créelas te lo suplico a estas pobres palabras
jamás he sido más sincero, Loba

Tú, planetaria

Si no girase en torno al Sol
y no girase sobre sí mismo
carecería este planeta
de luz y de calor: estaría muerto

Si no me ocupo mucho
de ti y de mí qué haría
qué haría yo abandonado en el espacio

Yo soy sólo mi origen, Loba

tú eres mi posibilidad

Existe la alegría, y ruge

En esta cama en donde la lascivia
sagrada y fértil como el sol
nos ilumina nos absuelve nos nutre
quedé dormido En esta santa cama
tras de la santidad del deseo y el placer
quedé dormido

Desde el fondo
del protoplasma del horror un sueño
me dijo que no existes
que nunca nacerías Fue un sueño
con pezuñas remotas y portador de flores
envenenadas: vi paredes
de ignominiosa soledad
escalones de asombro y de castigo
donde mis pies bajando pronunciaban tu nombre

Chorreando espanto pena y odio
desperté: dormías a mi lado
saltaban los delfines por el mar de tu sueño
Tu aliento confiado calentando mi nuca
era el suspiro de la resurrección

Y entonces como loco llorando bendiciendo
 pedí perdón a no sé qué ni cómo
 di gracias sin saber a dónde a cuánto
 lamí las sábanas la almohada
 y besé el cordón de la luz
 rugiendo de alegría

No te asustes por favor no te asustes
 mi Loba nunca tiene miedo Mi Loba
 no teme ni siquiera a la felicidad

Para comprender por qué estos poemas —aunque pertenecientes a las *Rubáiyátas* que Horacio Martín compuso en el año 1970— no se han publicado anteriormente, tal vez sea necesario imaginar que en el intervalo el poeta quiso dejar crecer «la albahaca de las edades» mientras esperaba que llegase el día en que la suntuosidad de sus cicatrices hubiera vencido definitivamente a la deseternidad. Y entonces, hoy, cuando ya casi veinte «tendones de vejez» han ocupado su sitio en el corazón de Horacio Martín, ahora que el amor tantas veces poseído y perdido ha transmutado la pesadumbre en memoria de sándalo, ahora que el poeta solar ha alcanzado a saber, sobre el universo y el hombre, la verdad en su infinito infinitivo, ahora que el resurrecto príncipe de Al-Zahara puede abrir los ojos y descansar, alejada la cefalea en pos del llanto de la madrugada, nos parece oportuno apostrofar al olvido y publicar estos poemas cuyo protagonista maravilloso sigue siendo, como en todo cuanto escribiera Horacio Martín, el amor vivo, la hermosura delicada y enigmática del sagrado presente. Regalar a nuestra memoria estos poemas para que se junten con los otros de Horacio nos ayuda hoy a sentirnos algo más cerca del día en que seremos por fin capaces de «comprender/ la vida, la muerte y el nombre».

Y para aquellos de los lectores de Martín que coleccionan sus páginas con anónimo amor, advertimos que la próxima edición —argentina— de su obra (que Félix Grande, indudablemente el mejor amigo de Horacio, nos está ayudando a preparar) incluirá estos poemas recientemente memorizados y, por tanto, será la primera edición verdaderamente completa (y crítica) de *Las Rubáiyátas de Horacio Martín*.

Mientras amanece sobre las ruinas de Al-Zahara, entre los olores del jazmín y las dulces notas de un laúd tocado por el pájaro negro, pensamos que quizás, en otra noche menos austera, volvamos a ver a Horacio Martín, rebelde y rugiendo, abrazarse al inmortal vestido de algún ángel de la vida, interpretando, en otra pasión excesiva, la música sigilosa de su materia y de su energía. Y entonces, alegres, sonreímos en silencio, sabiendo que la curva afilada del sueño otra vez se demorará hasta el día y que Horacio Martín estará recobrando las brasas de su candor, molécula de eternidad, «fogonazo de apocalipsis», multiplicado por su paz.

Verónica Almáida Mons



Carlos Drummond de Andrade, óleo de Portinari.